

CONCHA DOMINGO PÉREZ*

MUJERES VALENCIANAS: GEOGRAFÍA Y GÉNERO

La Geografía del Género ha alcanzado en los últimos años una notable consistencia como línea de investigación en algunos Departamentos de Geografía españoles. En la actualidad, este enfoque se encuentra ampliamente difundido en los países anglosajones, donde el género se tenía presente en los estudios geográficos y constituía una tendencia consolidada a principios de los años ochenta. De ellos somos deudores en cuanto a nuevas perspectivas investigadoras, en el progreso del debate teórico de la Geografía, en el desarrollo de métodos de estudio y, especialmente, en la aplicación de metodologías cualitativas.

Entre los trabajos publicados en nuestra revista *Cuadernos de Geografía*, es evidente que se considera la especificidad femenina o, más exactamente, la distinción de sexos en cuestiones laborales, demográficas, educativas, etc., enmarcadas en la geografía de la población. En este sentido, parte de los estudios tradicionales o recientes, incluso en este mismo número, pueden calificarse como geografía de las mujeres. No obstante, contamos con una aportación sobre el trabajo de las inmigradas en el Área Metropolitana de Valencia que ha sido pionera, tanto por el hecho de observar que este colectivo tenía unas características propias, como por el tratamiento conceptual de que fue objeto¹. En la actualidad ya se dispone de un importante bagaje teórico y metodológico que permite estudiar las relaciones de género como construcción social y su interpretación geográfica, dado el buen resultado explicativo que tiene este enfoque sobre la organización territorial. Estas posibilidades han animado la edición de este número referido fundamentalmente al País Valenciano, siguiendo la tradición de la revista que tiene como objeto primordial la investigación de este ámbito.

Las mujeres valencianas no han permanecido ajenas a los profundos cambios experimentados por la población femenina en los países industrializados, en especial la fuerte regresión de la fecundidad y el incremento de la actividad laboral. En los estudios de hace unos años, ambos aspectos solían tratarse de manera desvinculada. Por una parte, las tasas de natalidad se mantenían bastante elevadas y, por otra, se registraba igualmente la

* Departament de Geografia. Universitat de València.

¹ M^e JESÚS TEIXIDOR DE OTTO (1981): El trabajo de la mujer inmigrada, *Cuadernos de Geografía*, 28, 11-20

presencia de mujeres en el mercado laboral, aunque fuera en menor medida que en la actualidad. Además, debe tenerse en cuenta que asumían una producción significativa en el espacio privado con ocupaciones poco o nada visibles a efectos estadísticos: agricultura, trabajo a domicilio, servicio doméstico, etc. Recientemente, fecundidad y actividad remunerada se suponen cada vez más dependientes y, de manera simplista, han llegado a considerarse contrapuestas. Pero la relación entre ambas variables es mucho más compleja y no puede plantearse en términos unívocos de causa/efecto.

La reducción de la natalidad española, y paralelamente la valenciana, ha sido espectacular a partir de mediados los años setenta, hasta alcanzar en nuestros días la tasa de fecundidad más baja de la Unión Europea. Es un hecho ligado a diversas y profundas modificaciones sociales, culturales y económicas acaecidas en nuestro entorno. El resultado de esta evolución se concreta básicamente en un nuevo modelo familiar más reducido y con mayores niveles de bienestar. El cambio de mentalidad respecto al número de hijos deseados, al papel de la mujer en la economía doméstica y a las aspiraciones de consumo, corre parejo con la generalizada y mejor instrucción femenina y sus mayores posibilidades de empleo en un contexto de urbanización y crecimiento de industrias y servicios. Estos aspectos aparecen combinados, reforzándose en algunos segmentos de población, de forma que se consolida un modelo de mujer de edad joven e intermedia, instruida, que trabaja fuera del hogar y tiene un reducido número de hijos. Precisamente este tipo de mujer es el que adopta una actitud más positiva ante la fecundidad, si cuenta con medidas laborales, económicas y sociales que faciliten la conciliación de la vida familiar y profesional.

Desde una perspectiva histórica, la presencia de mujeres en el mundo laboral ha sido, no sólo numerosa, sino especialmente preferida en subsectores de actividad que necesitan gran acopio de mano de obra barata. En general, su trabajo ha consistido en efectuar tareas repetitivas, para las que se requiere paciencia, habilidad y, sobre todo, bajos salarios. Unas condiciones que fueron precozmente identificadas como cualidades femeninas. Entre los papeles sociales atribuidos a hombres y mujeres, una de sus manifestaciones más importantes es la asignación masculina de la responsabilidad del mantenimiento familiar, mientras que el trabajo femenino era conceptuado de "ayuda", lo cual ha justificado tradicionalmente una remuneración modesta, cuando no exigua. Son numerosos los ejemplos de división laboral en función del género, de viejas raíces, pero que permanecen en la sociedad actual. En algunas antiguas industrias valencianas fue posible la mecanización de las tareas manuales, como es el caso de la Fábrica de Tabacos de València, antaño efectuadas por numerosas cigarrereras. En otras, la persistente necesidad de abundante mano de obra hace que se mantengan algunas fases del proceso productivo fuertemente feminizadas, como en los textiles, el calzado o las agroindustrias. Muchos de estos empleos pueden ser externos, en el marco de la economía formal, aunque también se realizan todavía hoy en el ámbito doméstico, como trabajo sumergido.

En los últimos años, las tasas de actividad femenina han experimentado un notable aumento, paralelamente a la expansión de los servicios, y la ocupación está algo más diversificada. A los subsectores industriales tradicionales y a la amplia presencia de mujeres en la enseñanza, sanidad y administración, se añaden otros campos laborales y profesionales. Pero, tal como se ha constatado, no es posible hablar de un mundo laboral femenino uniforme, sino de una situación heterogénea y de un mercado de trabajo muy segmentado en el que se combinan los contrastes de formación profesional, las posibilidades laborales en función de la localización espacial y las diferencias por razones de género.

Con toda probabilidad, el acceso universal a la educación ha sido el avance más importante para establecer la igualdad de oportunidades en nuestra sociedad. Las generaciones jóvenes de hombres y mujeres pueden alcanzar un considerable nivel educativo sin discriminaciones, como lo demuestran las cifras de universitarios de ambos sexos, prácticamente idénticas. Con todo, la elección de algunas carreras tradicionalmente "masculinas" y "femeninas", ofrece disparidades, ya bastante diluídas en cuanto a las ciencias y letras, pero todavía con una fuerte disimetría en las técnicas. Igualmente, la formación profesional presenta una notable polarización para determinadas opciones, escogidas con abrumadora preferencia por chicas o chicos. En el mercado laboral se reflejan, por una parte, las peculiaridades en la especialización profesional y, por otra, las diferencias de formación entre las distintas generaciones de mujeres, puesto que las de mediana y mayor edad se enfrentan a él con una baja cualificación y sus habilidades obtienen un escaso reconocimiento profesional y salarial, al ser fruto de un aprendizaje informal.

En consecuencia, en nuestra sociedad se manifiestan importantes avances en el rango laboral femenino, mientras permanecen o se amplían las situaciones de precariedad. Es notable el aumento de profesionales de elevado nivel e incluso del número de empresas gestionadas por mujeres, aunque predomine el tamaño reducido, en comparación con el mundo empresarial masculino. Sin embargo, también se acrecientan las modalidades de trabajo precario, cuya mano de obra es reclutada entre jóvenes y mujeres. La coincidencia de esta doble condición significa, además, unos mayores niveles de desempleo femenino y de ocupaciones temporales, a tiempo parcial o esporádicas. Desde hace tiempo, en el País Valenciano esta situación se muestra singularmente aguda, en el marco de un sistema productivo regional con elevada presencia de subsectores que requieren versatilidad y una gran elasticidad numérica.

A su vez, el aumento de la actividad laboral femenina, en especial cuando se trata de trabajo estable y cualificado, ha acrecentado la demanda de servicios de cuidado personal y del hogar. En términos generales, la incorporación de las mujeres al mundo laboral no ha significado una reorganización familiar de las responsabilidades domésticas, que asume la mujer en gran parte. De hecho, las respuestas a estas necesidades, sean alternativas o combinadas, consisten en el incremento del uso de servicios públicos y privados, en la solidaridad entre generaciones y en la ayuda externa, tanto para el trabajo doméstico, como para el cuidado de niños, enfermos y personas mayores. En este último supuesto, no es irrelevante el aumento de población de edad avanzada y las distintas soluciones para atenderla. En el medio urbano las tasas de envejecimiento son menores que en el ámbito rural interior, pero se concentran de forma desigual en los distritos ciudadanos y los mecanismos sociales de atención a estas personas son más débiles, con una elevada necesidad de servicios. En definitiva, el género juega un papel clave en los diversos tipos de demanda de cuidados, con preferencias claramente dirigidas a mujeres, lo cual ha estimulado los flujos migratorios de diversa procedencia, sobre todo latinoamericana.

Desde el punto de vista territorial, la situación de las mujeres presenta peculiaridades ligadas a la localización de las actividades laborales. Aparte de las oportunidades de trabajo que ofrezca una zona determinada, existen pautas masculinas y femeninas en las ocupaciones que condicionan los desplazamientos de unos y otras. Además, el género es significativo en la movilidad de los trabajadores en función de la edad, el estado civil, el número de hijos y la formación profesional. La escasa cualificación unida a las responsa-

bilidades familiares, restringe claramente los desplazamientos y las oportunidades laborales de las mujeres se reducen al ámbito local.

En las áreas rurales, especialmente en municipios con escasos recursos, la situación laboral femenina tiene características especiales. En general, las alternativas de trabajo son más reducidas, de manera que para ellas la necesidad de trasladarse es incluso más perentoria que para los hombres, aunque se centra en jóvenes solteras. Las mujeres que tienen restricciones de movilidad y carecen de cualificación profesional constituyen una mano de obra supeditada a las exigencias de empresas, que buscan en su localización rural la reducción de los costes laborales. En conjunto, una parte importante del colectivo femenino rural tiene una ocupación deficiente, bien como colaboradoras en la agricultura o en otras modalidades de trabajo precario, incluso al borde o en la ilegalidad, como el trabajo industrial a domicilio. Esto las sitúa al margen de prestaciones y derechos laborales propios y en condiciones de subordinación familiar. Resta constatar que la aportación femenina al sistema productivo ha sido siempre más relevante de lo que se reflejaba en las estadísticas laborales pero, actualmente, su papel se ha acrecentado como impulsora de actividades alternativas que son fundamentales para el mantenimiento de la población y del dinamismo económico de este ámbito.

Por último, es significativo el cambio en las pautas de comportamiento y la proyección femenina en el espacio público. Uno de sus mejores exponentes es el acceso creciente de las mujeres a puestos de responsabilidad social y su presencia en entidades con poder de decisión. Las propias organizaciones políticas han mostrado su interés por contar con una mayor presencia femenina, conscientes de que es una baza electoral importante. Con todo, se está lejos aún de una representación correlativa a su número, no sólo en cargos políticos, sino en otros muchos órganos de poder local o regional, como sindicatos, gerencias, cooperativas, etc., sobre todo en el ámbito rural. Aunque las perspectivas apuntan al progreso de la participación de las mujeres, todavía existen factores inhibidores, como las deficiencias en su formación, la mentalidad tradicional en cuanto a los papeles de género asumidos por hombres y mujeres y la organización del trabajo productivo/reproductivo, que facilita mucho más el acceso masculino a los puestos de gobierno.

En resumen, la valoración global de la situación de las mujeres valencianas resulta forzosamente compleja, puesto que se combinan manifestaciones distintas, contrapuestas o solapadas entre grupos de edad, formación y ubicación espacial, que no responden a un modelo lineal. Son evidentes los rotundos avances en la preparación cultural y profesional y su reflejo en las mejoras de las condiciones laborales para un conjunto significativo de mujeres, tanto en términos absolutos, como si se relativiza respecto a las pasadas décadas. Si hablamos del espacio europeo, habría que apelar al tópico de luces y sombras y de contrastes entre algunos países del norte y el menor avance de bastantes regiones mediterráneas. Valdría de ejemplo el elevado nivel de actividad laboral femenina en Dinamarca, Francia, Suecia, etc., donde las políticas sociales y de igualdad de oportunidades han sido más decididas y que ofrecen ahora los signos más positivos en sus tasas de fecundidad. No obstante, en una y otra situación y en mayor o menor medida, el contrato social de género, aunque obsoleto, todavía permanece vigente².

² Commission Européenne (1998): *Magazine de l'égalité des chances. Egalité entre femmes et hommes*. Luxemburgo.